

DIEGO

El tribunal....

EL VIRREY

Mira.

(Diego mira la sentencia.)

DIEGO

En esa sentencia, señor Virrey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese joven sedicioso en una pica, á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. Y ¿cuándo se ha de ejecutar?

EL VIRREY

Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galería subterránea, y tráeme la llave del caracol que desde mi dormitorio conduce á ella; quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del Norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita; porque ya te he dicho que ha de pertenecer al Virrey ó al verdugo. Y, á propósito, ¿qué dicen esos villanos de mis justicias?

DIEGO

Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del Estado, á quien acabáis de salvar, dándoos una magnífica serenata.

EL VIRREY

Mi triunfo no puede ser más completo, Diego. Pero ahora recuerdo.....: tus esbirros, ¿duermen?

DIEGO

Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpación me avergüenza. Tenéis razón para extrañar que no haya caído en nuestras manos el desconocido á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo

lo hemos escudriñado con la más exquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

EL VIRREY

No sé por qué, pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

DIEGO

No hay otro medio, señor: ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

EL VIRREY

Pues bien, Diego, te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones más retiradas, penetra en mis oficinas más escondidas; baja á mis calabozos más oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme por garantía.

DIEGO

Y ¿qué término me señaláis para cumplir vuestra voluntad?

EL VIRREY

Acaba de anoecer: te doy dos horas.

DIEGO

Os prometo, señor Virrey, que antes que hayan expirado tendréis en vuestra presencia, muerto ó vivo, á ese misterioso incógnito.

(Saluda y se va.)

ESCENA X

EL VIRREY

Ahora, corazón, respira el ámbar de la esperanza; ahora, ó amor ó venganza cumplida has de conseguir. Ya soberano absoluto de este país de placeres,

sus hijos y sus mujeres
de hinojos me han de servir.

(Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.)

Así, servil muchedumbre;
así, festéjame, canta;
tu voz hasta mí levanta
con tus aplausos.... así.
Arrástrate humildemente
á las plantas de tu dueño;
su orgullo arrulla, y su sueño
con dulces cánticos, sí.
Bien haces; gózate y canta,
que tan lejos de Castilla,
las nuevas de tu mancilla
á España no llegarán.
La fama de tu hermosura,
la riqueza de tus playas,
doquier que á quejarte vayas,
á desmentirte saldrán.
Nápoles, ciudad dichosa
de deleite y de pereza,
no hay corona en mi cabeza,
mas soy tu rey en verdad.
Ya no alzan tus pescadores
de Amalfi ni de Sorrento,
sobre tu golfo sangriento
sus himnos de libertad.
Castilla ganó tus tierras;
y en nombre yo de Castilla
te tiranizo, y se humilla
ante mis plantas tu grey.
Tu golfo oprimen mis naves,
y en tus torres altanera,
clavada está mi bandera
en el nombre de mi Rey.
Pueblo insensato, á quien hizo
para servir el destino,
canta y ríe, ese es tu sino.
Tu fortuna es tu ilusión.
Canta, que á fe que me halagan,
al son de tus blandas olas,
las alegres barcarolas
con que cantas tu opresión.

(Cantan dentro.)

Era Nápoles un día
un inculto paraíso,
y venderle fué preciso
al cuidado de un señor.
Ora canta sin afañes,

de su golfo entre las olas,
sólo amantes barcarolas
su olvidado pescador.

Pero acaso
estudia y fragua
en el agua
otro cántico mejor.

EL VIRREY

¡Qué alegres son esas danzas!
¡Qué dulces esos cantares!
¡Los aplausos populares,
cuánto agradan al señor!
¡Cuánto exalta mis antojos
y mis ansias enardece,
y mi ser enorgullece
el cantar del pescador!

(Cantan dentro.)

Está Nápoles dormida,
por las ondas arrullada,
pero Nápoles no olvida
lo que debe á su señor.
Y del chuzo con que rompe
las escamas á los peces,
puede hacer, como otras veces,
una lanza el pescador.

Porque acaso
estudia y fragua
en el agua
de vivir modo mejor.

EL VIRREY

¡Vive el cielo! De esa estrofa
con el doblado sentido,
ese imbécil ha querido
insultar á su señor.
¡Hola!

(Aparece un esbirro.)

Al punto que me saquen
de esa torpe concurrencia,
y que venga á mi presencia,
ese infame pescador.

(Vase el esbirro.)

Con un cordel á la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré á ese villano
su postrera barcarola.
Si él puede, como otras veces,
hacer del chuzo una lanza,

yo haré que tomen venganza
de sus lanzadas los peces.

(El Virrey se asoma al balcón, y mientras vuelve la espalda aparece por una puerta secreta, y embozado, don García, que le escucha.)

EL VIRREY

(Mirando por el balcón.)

Mas á su barca se acoge,
¡vive Dios! y el remo abarca
y huye. Yo haré que otra barca
á darle caza se arroje.

Y aunque el mismo Belcebú
se la ayude á remolcar,
¡por Dios, que le he de atrapar!

(Al volverse ve á D. García, y dice espantado:)

Mas.... ¡Cristo! ¿Quién eres tú?

ESCENA XI

EL VIRREY y D. GARCÍA

DON GARCÍA

Callad.

EL VIRREY

¡Socorro!

(Va á tocar la campanilla, y D. García le sujeta la mano.)

DON GARCÍA

Es en vano,
señor Conde de Vergara;
escuchadme cara á cara,
ú os hago polvo la mano.

EL VIRREY

¡Soltad!

DON GARCÍA

Escuchadme, pues,
que en secreto hemos de hablar,
y lo que oigáis, enterrar
en el alma fuerza es.
Virrey habéis sido vos
de Nápoles por seis años,
y horror son ya vuestros daños
de los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres,
jueces habéis corrompido,

empleos habéis vendido
y deshonrado mujeres.

Con rastrera hipocresía,
abusando del poder,
os dispensáis de tener
religión, fe, ni hidalguía.

Tras el denso cortinaje
de una justicia sévera,
escondéis de un alma fiera
el hondo libertinaje.

Y así, á vuestra excelsitud
creisteis que no llegaban
más que ojos que se cegaban
con vuestra falsa virtud.

Pero un perpetuo testigo
que por doquier os seguía,
y que sumiso os servía
de la sospecha al abrigo,
avariento os espíaba,
vuestra eterna sombra hecho,
y á los pies de vuestro lecho
por la noche se sentaba.

El, con vengativo empeño,
con incansable tesón,
ganó vuestro corazón,
de todo vos se hizo dueño.
Y no hay escondida idea,
no hay intención solapada,
que, por él comunicada,
sabida del Rey no sea.
Tu nombre, pues, se ha borrado,
Vergara, del libro de oro;
tus haciendas, tu tesoro,
todo está ya confiscado.
Y encontrándote tu Rey
á sus favores ingrato,
te aparta del virreinato
y te acusa ante la ley.

EL VIRREY

Espectro amedrentador,
mensajero funeral
de esa nueva tan fatal,
aparición de pavor,
delante de quien estoy,
¿quién eres, visión tirana?

DON GARCÍA

Don García de Orellana,
Virrey de Nápoles, soy.

(Don García se desemboza y queda en traje negro, con el Toisón al cuello. El Virrey cae á sus pies de rodillas. Al inclinarse, cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Lo recoge, lo mira un momento, comparándolo con D. García, y después que éste le dice con desprecio los cuatro primeros versos, se levanta el Conde con aire de triunfo y tomando con D. García un tono irónico.)

No os humilléis ante mí,
y hablemos, Vergara, claros.
Yo no he venido á ultrajaros,
y me avergonzáis así.

EL VIRREY

(Mas ¡qué veo! Dios me apresta
represalia bien segura.)

Estímoos tanta mesura
en ocasión tan funesta;
obedecer sé que debo
las órdenes de mi Rey,
y acato su augusta ley
y á murmurar no me atrevo;
mas veo que generoso
ser conmigo pretendéis.

DON GARCÍA

Ruégoos que me perdonéis,
si al veros tan orgulloso,
en palabras propaséme.

EL VIRREY

Perdonado estáis, señor.
Yo encendí vuestro furor,
pues al veros exaltéme.

DON GARCÍA

Apenas pisé la tierra
que teniais en gobierno,
creí que todo el infierno
se hacía en ella la guerra.
Corría la sangre á arroyos,
y al resplandor del incendio,
vi quedar, con vilipendio,
los cadáveres sin hoyos.
Y vi lágrimas correr,
y oí imprecaciones tales,
que mis sentidos cabales
llegué á dudar de tener.
Por todas partes oí
maldeciros y acusaros.
Entonces, ¿á qué engañaros?
Vergara, os aborrecí.

Por quedar más convencido,
yo mismo veros ansí,
y con ira os escuché,
cerca de vos escondido.
Señor Conde, perdonad;
os juro de buena fe
que al oír me horroricé
por vos mismo la verdad.

(El Virrey se sonríe y oye sereno.)

Ahora, pues, órdenes Reales
sujeto á cumplir estoy;
á dar al Consejo voy
mi fe con mis credenciales.
Vos á partir disponeros
para Castilla podéis.

EL VIRREY

Un momento.

DON GARCÍA

¿Qué queréis?

EL VIRREY

Quiero un pacto proponeros.
No os sorprendáis. A pesar
de hallarnos á tal distancia,
aun puedo con arrogancia
con mi sucesor pactar.

DON GARCÍA

Decid.

EL VIRREY

Yo he mandado aquí
seis años, y bien quizás;
dejadme dos horas más
el gobierno que perdí.

DON GARCÍA

¿Sabéis, cuando el mar bravío
mi barco anoche sorbió,
con qué fuerzas nadé yo?
¿Sabéis qué afán era el mío?
No era la sed de mandar;
no era, Conde, la ambición,
que está ya mi corazón
harto de humo popular.
Mi fuerza fué la esperanza
de alzar el yugo execrable
que á esto pueblo miserable

habéis puesto; y la tardanza de cada breve momento que pasaba bajo de él, era un manantial de hiel abierto en mi pensamiento. Juzgad si iré á conceder las dos horas que pedís.

EL VIRREY

¿Es decir, que no admitís?

DON GARCÍA

Vergara, no puede ser.

EL VIRREY

Por última vez, señor: dos horas, y nada más.

DON GARCÍA

Vergara, haceos atrás; la bajeza me da horror.

EL VIRREY

Dos horas.

DON GARCÍA

Ni dos instantes. Juré ante el Rey y el altar á Nápoles libertar de vos, y será cuanto antes.

EL VIRREY

Lo jurasteis..... ¡vive Dios! ¿Qué os importa haber jurado, á olvidar acostumbrado vuestros juramentos vos?

DON GARCÍA

¡Infame!

EL VIRREY

Despacio, señor, que habéis llegado á jurar á vuestra hija vengar, y aun vive su seductor.

DON GARCÍA

¡Vive! ¡Oh! ¿Adónde está, adónde?

EL VIRREY

Dadme el tiempo que os propongo, y en vuestras manos le pongo.

DON GARCÍA

Sois un miserable, Conde. Mas os vais al precipicio; porque, ó habláis al momento, ú os mando atar al tormento.

EL VIRREY

Don García, estáis sin juicio. ¿En olvido habéis echado que aquí mi juez os han hecho, y el juez no tiene derecho para osar al acusado?

DON GARCÍA

¡Desventurado de mí! ¿No hay, pues, medio de que habléis?

EL VIRREY

Las dos horas que calléis y siga el gobierno en mí; no hay más medio.

DON GARCÍA

¡Voto al sol!

Quien da en tan infame traza, ¿cómo dirá que su raza es de solar español? ¡Mentira!..... Lo dice á voces el pueblo..... Sois un bandido; las hienas os han tenido en sus entrañas feroces.

EL VIRREY

Seguid; me tenéis sujeto bajo el yugo de la ley; mas..... pensadlo bien, Virrey, dos horas vale el secreto.

DON GARCÍA

Pues bien: ya que tanto os cuesta de Nápoles el gobierno, llévese el mando el infierno y escuchadme otra propuesta. Yo, con ciega idolatría, amé á la hija de mi amor; ella era el bien mayor, el único que tenía. Por ir al campo á lidiar por mi Rey y por mi España,

el tiempo de la campaña la hice en un claustro guardar. Robómela un seductor, y fué mi única esperanza vivir para la venganza de aquel engaño traidor. Mirad su carta postrera; siempre la llevo conmigo, de mi llanto por testigo y para atizar la hoguera de mi cólera: pues bien; á España, Conde, partid; sinceraos en Madrid, y haced con oro que os den el virreinato; interino quedaré yo, y aunque enormes vuestras culpas, daré informes que salven vuestro destino.

EL VIRREY

No; que habrá en mi contra allí

(Oyese á lo lejos la serenata.)

acusaciones tamañas, que las mayores hazañas se volverán contra mí. No; ya que habéis dado un paso á la reconciliación, aceptad, en conclusión, y no andéis en gracia escaso.

DON GARCÍA

No, Vergara; tanto empeño el gobierno en conservar, me hace de vos sospechar mal designio, y no pequeño. Oid: no hay más que un solo hombre que ahora en esa serenata pueda á esta turba insensata dar ó descubrir mi nombre. Concibo todo el pesar que debe ser para vos, saber á cuál de los dos vienen ahí á festejar. Conozco que os es gran pena ver que esos himnos comprados, para vos aparejados, celebran la dicha ajena. Conozco que la esperanza de vengar mi propia afrenta, es cebo que mi fe tienta

á otorgaros la tardanza de dos horas que pedís; pero no puede mi honor ser ni dos horas traidor á mi Rey y á mi país.

EL VIRREY

Pues bien; si estáis decidido á que con vos no transija, ahí tenéis de vuestra hija ese recuerdo perdido.

(Le da el retrato.)

DON GARCÍA

Y ¿quién esta prenda os dió?

EL VIRREY

El sacerdote que oyera su confesión postrimera; y enviáosle me encargó. Dijo que enviarlo era ley á don García derecho, y esta ocasión aprovecho para dárselo al Virrey.

DON GARCÍA

¡Sin duda el cielo maldijo hasta su último recuerdo!

EL VIRREY

La pobre murió en su acuerdo;

(Con malignidad.)

y con afán muy prolijo, os encargó la venganza de aquel que os la arrebató, y que al fin la abandonó sin consuelo ni esperanza. Dijo que murió en sus brazos, maldiciendo al seductor que la abandonó traidor.

DON GARCÍA

Basta; quiero en mil pedazos su corazón dividido; necesito su existencia.

EL VIRREY

Luego ¿acepta Su Excelencia?

DON GARCÍA

Sí; acepto vuestro partido. Ese hombre.....

EL VIRREY

A mí está sujeto;
yo sé quién es únicamente,
y á ese precio solamente
os vendo vuestro secreto.

DON GARCÍA

Sea. ¡Dios lo quiere así!
No puede mi corazón
con tan grave tentación;
sucumba mi honor aquí.
Escribid que os dejo dueño

(El Virrey escribe.)

del mando dos horas más,
y de no volverme atrás,
palabra y firma os empeño.

EL VIRREY

Firmad, pues.

DON GARCÍA

Tomad.

EL VIRREY

(Con ironía.)

Señor,
hoy me habéis hecho feliz.

DON GARCÍA

Y á mí vos, con vuestro ardid,
me habéis hecho ser traidor.

EL VIRREY

Pasemos á ese aposento,
pues primero de entregárosle
necesito asegurárosle.

DON GARCÍA

Pero sed breve.

EL VIRREY

Un momento.

(Entran por la puerta que da á la cámara del Virrey, y en este momento se oye la serenata al pie del balcón, y suenan voces de: ¡Viva el Conde de Vergara! ¡Viva el libertador de Nápoles!)

ESCENA XII

DIEGO, con linterna y llaves.

Ya se fueron; bien me lo imaginé cuando dejé de oírlos á través de la cerradura. Y á fe, que hubiera dado cualquier prenda buena por oír su conservación. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado más que murmullo. ¡Cómo ha de ser! Vamos á separar al Conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que Su Excelencia me los coja en el garlito. (Vivas fuera, y se asoma Diego al balcón.) Sí, sí, tocad. Así como así, mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, ¡vive Dios, que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del Virrey, á quien celebráis! Mas no perdamos tiempo, que da dos veces quien da primero, y hombre prevenido vale por dos, como dice el refrán de nuestra tierra.

(Entra por la puerta secreta de la izquierda, que conduce á las prisiones.)

ACTO TERCERO

Prisión en el interior del palacio del Virrey. Puerta en el fondo, con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galería, guardada por centinelas. En la prisión, y á la izquierda, una puerta secreta, y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y ANGELINA

ANGELINA

Si es cierto, Rodrigo, inclina
la frente, que yo te vea:
el placer completo sea
de tu adorada Angelina,
y en dicha tamaña crea.
No hay más que tú para mí;
escuche yo de tu acento
palabras de amor aquí,
y es tuyo mi pensamiento,
mi existencia es para ti.
¡Suspiras!

DON RODRIGO

Miro en tu frente
tan galano resplandor,
aureola tan refulgente,
que suspira tristemente
el pecho ansioso de amor.
¡Por Dios! En donaire sola,
en gala y cortesanía,
bien puede á la luz del día
mi enamorada española
disputar la primacía.
Es tanto el placer que siento
viéndote, hermosa, á mi lado,
y es tal mi enajenamiento,
que olvida mi pensamiento
nuestro destino menguado.

ANGELINA

Mayor, Rodrigo, es el gozo
que mi alma siente, mayor;
y á merced de este alborozo,
es para mí el calabozo
santuario de nuestro amor.

DON RODRIGO

Ilusoria es por demás
esa amorosa quimera;
¡soñando, Angelina, estás!
que aquí la muerte me espera,
y acaso tú...

ANGELINA

¡No, jamás!
Vivir sin ti, ¿qué me vale?

DON RODRIGO

Sí, es cierto, Angelina hermosa....

ANGELINA

Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
entre los hombres que iguale
la dicha de ser tu esposa.
Loca de amores dejé
por ti mi patria y mi hogar,
y embelesada, la fe
del alma te consagré
de hinojos ante el altar.
Por ti crucé de los mares
las alborotadas olas,
y hoy, en tus nativos lares,